

DE LA MEMORIA DEL ARQUITECTO

Aula ingenti memoriae

2022

DE LA MEMORIA DEL ARQUITECTO

Aula ingenti memoriae

“La memoria es la facultad del espíritu por la que se almacena y se recuerda el pasado”. Así define la memoria la Real Academia Española. La memoria es un instrumento necesario, imprescindible para cualquier creador, y de manera especial para los arquitectos.

La memoria es el instrumento principal con el que trabaja la razón, y por ende el ser humano. Los hombres, con nuestra memoria, podemos hacer todo, o casi todo. Sin memoria no podemos hacer nada, y menos que nada. Como una aguja sin hilo. Y menos todavía los arquitectos.

LA TAN DENOSTADA MEMORIA

Para empezar a escribir sobre la memoria, la memoria del arquitecto, he decidido hacerlo desde mi memoria. La memoria de la que Quintiliano dice ser “el instrumento más poderoso y eficaz del hombre”.

Ya en su día, en mi libro *Principia Architectonica*, en el capítulo titulado “*Mnemosine vs Mímesis*”, se apuntaban algunos de los temas sobre la memoria que ahora aparecen aquí más desarrollados.

Veo con claridad que, en nuestro tiempo, el de los ordenadores, con la capacidad ingente de acumular la información que tienen estos artefactos, es más necesario que nunca un instrumento capaz de ordenar toda esa información y, tras estudiarla, producir lo que entendemos por conocimiento, y luego hacerla eficaz para llegar a la sabiduría. Pues ese instrumento maravilloso es la memoria. Más, mucho más, que el disco duro de los ordenadores. La memoria, ayudada por la razón, es infinitamente superior a cualquier otro instrumento mecánico.

Para esta reflexión sobre la memoria, he acudido una vez más a un texto tan sugerente como el *What is a classic* de T.S. Eliot. Y a mi viejo amigo San Agustín, porque si hay alguien que haya escrito mucho y muy bien y muy claro sobre la memoria, es él, de manera especial en el “Libro X” de sus *Confesiones*.

La clara distinción que plantea T.S. Eliot entre información, conocimiento y sabiduría, viene aquí que ni pintada para reivindicar el valor de la memoria, imprescindible para alcanzar la deseable sabiduría. En *What is a Classic?* Eliot escribe: “*In our age, when men seem more than ever prone to confuse wisdom with knowledge, and knowledge with information*”. [En nuestra época los hombres son más propensos que nunca a confundir la sabiduría con el conocimiento y el conocimiento con la información.]

Recuerdo todavía cómo, cuando era niño, en el colegio, utilizábamos la memoria como un muy eficaz instrumento de aprendizaje.

*Recuerde el alma dormida, avive el seso
y despierte, contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte, tan callando.
Cuán presto se va el placer
cómo después de acordado da dolor
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado fue mejor.*

Escribo directamente, de memoria, estos versos de Jorge Manrique aprendidos en el colegio, y casi me asusta tanta precisión en mi recuerdo. ¿Qué podríamos decir de la belleza de esas coplas? Cada día que pasa me parecen más hermosas.

Y ahora, en estos últimos años, la memoria es denostada. Se dice que aprendíamos como papagayos, y que aquella educación *memorística* no era adecuada. Craso error. La memoria, junto con la razón, es un instrumento más que sólo útil, imprescindible para la vida intelectual, también para la de los arquitectos, especialmente para los arquitectos.

Repito a mis alumnos que la razón es el primero y más importante instrumento con el que un arquitecto trabaja. Y a continuación les digo, que es la razón ayudada por la memoria.

LA MEMORIA PONE EN RELACIÓN

He escrito más de una vez que mis libros, tras tanto tiempo de estar juntos en mis estanterías, apretados, se hablan entre ellos. Pues también las ideas almacenadas en nuestra memoria se comunican entre ellas de manera inefable. Se ponen en relación unas con otras de una manera misteriosa, y surgen de ahí nuevas ideas.

Mozart, en 1770, escucha el *Miserere* de Allegri en un concierto y cuando vuelve a su casa, lo transcribe puntualmente de memoria, no para copiarlo sino para inspirarse en él.

Rembrandt, en 1655, traza con una regla la línea recta horizontal del borde del *Litostrotos* en su grabado sobre la presentación de Jesús por Pilatos. Y Picasso en su *Ecce Homo*, donde pinta el mismo tema de Rembrandt, el *Litostrotos*, hace uso de su memoria y lo interpreta, y hace la misma operación de usar la regla para lograr una línea horizontal perfecta. Todo muy arquitectónico. Porque ambos, Rembrandt y Picasso, saben que el plano horizontal a la altura de los ojos se convierte en una línea perfectamente horizontal.

Mies van der Rohe visita la Acrópolis de Atenas en 1950, y desde entonces aplicará la teoría del plano horizontal plano en alto que, a la altura de los ojos, se transforma en una línea recta. Y acaba levantando ese plano horizontal en alto, flotando, en su casa Farnsworth, y en tantas otras de sus obras.

Alvaro Siza es pura memoria de Alvar Aalto en sus primeras obras, en su hermosísima Casa de Té Boa Nova en Matosinhos. Y su recuperación del barrio del Chiado en Lisboa es clara memoria de Roma.

Y qué sería de Barragán sin su memoria de la Alhambra, como él mismo nos lo cuenta.

Y ¿cómo el mismísimo Le Corbusier hubiera hecho la Ville Savoie sin su prolongada estancia en la E1027 de Eileen Gray en Roquebrune-Cap-Martin?

En todos ellos, arquitectos y maestros, la memoria juega un papel crucial. Además, la memoria purifica. De los mejores arquitectos nos acordamos más, o mejor, de sus mejores obras. De las menores nos olvidamos.

DEL DISFRUTE INTELECTUAL Y LA MEMORIA

Acerca del disfrute intelectual escribí:

Sé bien que todo esto, el disfrute intelectual, es en gran parte debido a la memoria. Al pasar los años nuestra memoria se va llenando de tal modo que muchas veces se produce una relación entre las cosas y los hechos, que es fuente segura de este placer intelectual.

Claro que esa memoria, como si de un pozo se tratara, requiere el seguir siempre llenándola con el agua del conocimiento que reclama un tiempo y un estudio profundo. El estudio que en la juventud era una obligación, y que con el paso de los años se convierte en un placer.

San Agustín nos habla del espacio enorme de la memoria, del aula ingenti memoriae. La memoria que no sólo es capaz de acumular los nuevos conocimientos sino, mejor todavía, de ponerlos en relación. ¿Quién no se ha sorprendido consigo mismo cuando ha reconocido temas o ideas comunes en autores que parecería que no tuvieran nada en común? Recordar, re-cordar, es pasar el corazón, volver a poner el corazón en alguien o en algo que pasó. Y es tan claro San Agustín en el capítulo 8 del “Libro X” de las *Confesiones* hablando de la memoria, que no podemos más que transcribir sus sabias palabras:

Recalo en los solares y en los amplios salones de la memoria, donde están los tesoros de las incontables imágenes de toda clase de cosas que se han ido almacenando a través de las percepciones de los sentidos.

Se desplaza la gente para admirar los picachos de las montañas, las gigantescas olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvidan de sí mismos, y no se maravillan de que yo, al nombrar todas estas cosas, no las vea con mis ojos. Y, sin embargo, sería incapaz de hablar de ellas si interiormente no viese en mi memoria las montañas, el oleaje, los ríos y los astros que personalmente he tenido ocasión de contemplar, ni el océano del que he oído hablar, con dimensiones tan grandes fuera como si los viese.

POTENCIA DEL ALMA

Los seres humanos tenemos memoria, entendimiento y voluntad. Así lo aprendimos cuando éramos niños. Lo que en la Escolástica se llamaban las potencias del alma. Y es fácil entender cómo la memoria, ayudada del entendimiento, de la razón, y de la voluntad, es la que hace posible la labor creadora de los hombres. De una manera muy especial la de los arquitectos.

Un sabio es alguien que en su memoria no sólo acumula información, sino que tras procesarla convenientemente, hace suyos esos datos como conocimientos y los conserva. Y después los utiliza de manera adecuada y eficaz. Y el lugar donde esos datos y conocimientos se guardan, se procesan y se utilizan es la memoria.

Un arquitecto, un buen arquitecto, un arquitecto sabio, guarda en su memoria información y conocimientos para, procesados convenientemente, proyectar con rigor.

La memoria es capaz de registrar y de guardar lo que merece la pena de la Historia. De la Historia general de los hombres, y de la Historia de la Arquitectura. La memoria tiene la capacidad de suministrar esa información destilada, elaborada, a los arquitectos, para que no inventemos la pólvora.

Para dar un salto adelante es necesario el impulso que se recibe cuando, con un pie en el aire, el otro se apoya fuertemente en el suelo, en la memoria. Para llegar finalmente al saber, a la sabiduría.

Para soñar, y proyectar es soñar, es necesario haber almacenado antes el material con el que construir esos sueños.

EL VIENTRE DEL ARQUITECTO

Así, *The belly of an Architect*, [El vientre del arquitecto], se titulaba una preciosa película de Peter Greenaway, protagonizada por Brian Dennehy que bordaba el papel del arquitecto Stowley Kracklite, y que se desarrollaba en torno al Panteón de Roma.

Y San Agustín, en el “Libro X” de sus *Confesiones*, con un inmenso sentido pedagógico, dice de la memoria que es “el vientre del alma”, donde todo es digerido (Rainer Sorgel utiliza el término *rumiado*), para poder alimentar al hombre, al alma del hombre.

Parecería que Francis Bacon, el filósofo, hubiera leído este texto de San Agustín, cuando habla de los libros en sus *Essays*, en el ensayo De los Estudios: “*Some books are to be tasted, others to be swallowed, and some few to be chewed and digested*”. [Algunos libros están para ser saboreados, otros para ser devorados, y algunos pocos para ser masticados y digeridos] ¿Cómo puede un filósofo como Bacon, que podría parecer a veces tan distante, dar en el clavo con tanta precisión?

LA MEMORIA DE LA CASA

Se me pidió para la Bienal de Venecia de 2012 que centrara el foco en el *common ground*, que yo, de manera inmediata, entendí como la memoria. Como me pidieron que lo centrara en la casa, decidí investigar sobre la memoria de la casa.

Un arquitecto es una casa, así había titulado y desarrollado uno de mis últimos cursos académicos en la ETSAM de Madrid. Y volví a utilizarlo para aquel pequeño pabellón dentro de aquella Bienal: Un arquitecto es una casa.

¿Cuál y cómo es la memoria de la casa? ¿Cuál es el *common ground* de un arquitecto cuando hace una casa? He de confesar que cada vez que hago una nueva casa desfilan por mi memoria todas las buenas casas que en la Historia de la arquitectura han sido. No para copiar sino para, de la mano de la memoria, dando un paso adelante, intentar hacer algo distinto y mejor.

Desde la casa de Adán en el Paraíso, como bien nos la describía y analizaba Joseph Rickwert, hasta las cuevas prehistóricas. Y la cabaña del abate Laugier. Pero también la Villa Rotonda de Palladio. Y también la casa Moller de Adolph Loos. Y la casa de Soane en Lincoln's in the Fields en Londres. Y en tantas otras.

Las casas en las que uno piensa son algunas veces las que los arquitectos han hecho para sí mismos. Aunque, como en el caso de la señora Farnsworth, la clienta de Mies van der Rohe, figuren los clientes como titulares.

Y para ordenar y centrar aquel trabajo, ligué las casas de la Historia de la arquitectura a los cuatro elementos de la filosofía griega. A la tierra, al aire, al agua y al fuego. Que, traducidos al habitar, pueden ser la cueva y la cabaña, el barco y la ruina.

La cueva, lo que primero Semper y luego Frampton identificaran con lo estereotómico, enraíza el habitar en la tierra. La arquitectura pesante, excavada, habla del dominio del hombre sobre la tierra. Lo identificamos con la tierra como el adecuado elemento presocrático que mejor le cuadra.

La cabaña, a la que Semper y Frampton adjudicaran la cualidad tectónica, habla del cambio de lugar. De la posibilidad de decidir el lugar adonde el hombre quiere establecer su guarida. En definitiva habla de la libertad. Y será el aire el elemento presocrático al que lo liguemos.

El barco, la balsa, nos trae de inmediato no sólo el arca de Noé donde los habitantes de la tierra sobrevivieron al Diluvio Universal, sino que nos trae a la memoria la Villa Savoie de Le Corbusier, o la casa Farnsworth de Mies van der Rohe, porque ambas casas flotan, navegan. Yo mismo, en mi Casa del Infinito, proponía la interpretación del plano superior horizontal de piedra como la cubierta de un barco, en este caso varado ante el Océano Atlántico, ante el mar infinito.

DE LAS TRAZAS A LAS RUINAS.

Las ruinas son las trazas materiales, indelebles, la memoria de la arquitectura que allí se levantó un día. Las trazas que son la materialización, con medidas exactas, de las ideas de los arquitectos. Son, insisto, la memoria de lo que allí hubo.

Cuando los arqueólogos descubren y analizan y ponen en valor una ruina, suelen olvidarse de hablar de la arquitectura. Aunque es arquitectura, lo más fundamental de ella, lo que allí aparece. Lo más básico de la creación de los arquitectos, las trazas, es lo que hace que las ruinas ejerzan sobre nosotros tal poder de fascinación. Lo que nos atrae de las ruinas es la intensidad de esos pocos elementos básicos, radicales, de la creación arquitectónica.

¿Cuál es el misterioso poder que conecta de manera tan directa el principio y el final de una creación? La ruina muestra lo más esencial de la arquitectura, la estructura. Porque cuando hablamos de ruinas o de trazas en arquitectura, de lo que hablamos es de la estructura que establece el orden del espacio, que es central en la arquitectura, lo más esencial que ha sido capaz de resistir al tiempo. Como lo es el esqueleto en el cuerpo humano. De alguna manera, las ruinas, las trazas, son la memoria de aquella arquitectura que nos evoca con fuerza los espacios que allí se habían levantado.

FINALE

Para terminar, volveré otra vez a San Agustín que incluso se atreve a hablar de los arquitectos en el capítulo 12 del “Libro X” de las *Confesiones* que él titula “Del lugar que tienen en la memoria las ciencias matemáticas”:

También es cierto que he visto por mis ojos aquellas líneas con que trazan los arquitectos sus obras, no obstante ser tan delicadas y sutiles como el hilo de la araña; pero aquéllas que yo tengo en mi interior son muy diferentes de éstas, pues no son imágenes de las líneas que me mostraron mis ojos; sólo conoce bien qué líneas son aquellas el que, cuando las contempla y examina, prescinde de todo lo que es cuerpo.

Cuánto me hubiera gustado haber podido hablar con una personalidad con una mente tan preclara como lo era el obispo de Hipona sobre los planos de los arquitectos, en los que trazamos esas líneas tan delicadas y sutiles como el hilo de la araña, como él nos dice. Líneas precisas y planos detallados, necesarios para poner en pie las obras de arquitectura, que constituyen la memoria de la arquitectura.

Acabaré con una cita de Cicerón en *De Oratore*, donde me voy a atrever a introducir el término arquitecto y arquitectura, *architecti* y *architecturae*, en vez de *oratori* y *rhetoricae*, considerando que la memoria es un instrumento imprescindible para cualquier arquitecto. “*Memoria est firma animi, rerum, et verborum et dispositionis perceptio. Est haec maxime architecti necessaria. Nec sine causa thesaurus inventorum atque ómnium partium architecturae custos*”. [La memoria es una firme percepción de ánimo de las cosas, y de las palabras y de su colocación. Ella es sobremanera necesaria

al arquitecto. Y no sin razón es llamada el tesoro de los descubrimientos y custodio de todas las partes de la arquitectura]

Y termina Cicerón, y nosotros con él: *“Es hermoso lo que dice Solón en un verso -lo he mencionado antes- que él envejece aprendiendo muchas cosas cada día. En verdad, no puede haber un placer mayor que el del intelecto”*.